

Al comenzar la exposición de una investigación en marcha, quizá fuera conveniente explicitar ciertos principios que, de no hacerlo, quedarían como supuestos.

En un tiempo no muy lejano se difundió la teoría según la cual las culturas tenían el mismo destino que los organismos vivientes. Es decir estaban condenadas a muerte y en este caso a una muerte total, puesto que ninguna de sus conquistas podía transmitirse: sus descubrimientos científicos así como su pensamiento filosófico y sus formas estéticas debían desaparecer ante la incompreensión de sus sucesores. Categorías tales como la de universalidad, influencias culturales, síntesis históricas, carecen de sentido dentro de este esquema. Y el término "humanidad", al decir de Spengler, sólo podía usarse legítimamente en su acepción zoológica. (1)

A estas afirmaciones oponemos la convicción de la unidad del espíritu humano, los rasgos comunes de nuestra condición, que no se dejan reducir sin más a circunstancias biológicas. Van der Leeuw nos dice: "La célebre frase: 'soy hombre y nada humano me es extraño', no abre ninguna puerta a la comprensión profunda de las experiencias vividas más lejanas, pero afirma sin embargo, y victoriosamente, que lo que es esencialmente humano permanece siempre como tal y como tal es comprensible." (2)

Por otra parte, puede proporcionar numerosos signos que atestiguan la posibilidad de comprensión y diálogo entre diversas culturas. Podemos señalar, por ejemplo, el interés que despiertan en Occidente las filosofías y las religiones orientales; el impacto del arte negro en los pintores y escultores europeos, el prestigio y difusión de la literatura latinoamericana en otros continentes; la asimilación de la ciencia nacida en Europa por pueblos orientales; la revalorización de las culturas arcaicas por la obra de Mircea Eliade; el empeño latinoamericano de descubrir sus raíces en el pasado, la resurrección de las ciudades muertas gracias al trabajo de los arqueólogos, etc. Ya no podemos considerarnos herederos o descendientes exclusivos de una sola tradición cultural. Ahora podemos intentar el diálogo no sólo con los héroes cantados por Homero sino también con Quetzalcóatl, Ikhnaton o el príncipe Sidarta Gautama.

El contacto con lo otro, con lo extraño, ensancha los límites del espíritu y lo enriquece. Y también nos ayuda a descubrir que, a través de la multiplicidad de las formas, hay una condición humana con sus anhelos y sus desafíos, sus emociones y sus riesgos, que es la misma. Reconocer la unidad y la pluralidad de las culturas se nos presenta como uno de los rasgos propios de este tipo de investigaciones. Y si esos contactos con antiguas civilizaciones revitalizan nuestro espíritu, ello es la demostración más evidente de que esas culturas no han muerto.

A esta afirmación de que las culturas son incomunicables, cerradas, condenadas a una muerte definitiva, se sumaba otra igualmente deprimente: estamos al final de una cultura y en consecuencia nada creativo puede esperarse ya. Frente a la derrota militar de Alemania, Spengler profetizaba la decadencia de Occidente. Las culturas antiguas están muertas, la de Occidente, agonizante. Años después Heidegger anuncia: "La decadencia espiritual de la Tierra ha ido tan lejos que los pueblos están ahora amenazados por perder la última fuerza del espíritu, la que todavía permitiría ver y apreciar la decadencia como tal". (3) Estas afirmaciones aparecieron dentro de un contexto político que a nosotros, latinoamericanos, no nos

corresponde asumir, puesto que estos enunciados se completan con lo siguiente: Sólo a una nación del centro de Europa corresponde el privilegio de asegurar el destino espiritual de Occidente y del mundo.

Felizmente, nuestra época no ha confirmado estas predicciones. El hombre, en Europa y fuera de ella, sigue creando cultura; surgen formas nuevas en el arte, la literatura, la filosofía y la ciencia. Y el espíritu sigue soplando donde quiere.

El mundo del hombre contemporáneo se ha ensanchado en el espacio y el tiempo, las tradiciones se renuevan con el entrecruzamiento de múltiples influencias, una red de comunicaciones ofrece nuevas perspectivas a la sed de conocimientos y, sin perder nuestras raíces, podemos acoger el aire que nos llega de lejos y abrirnos a nuevas experiencias espirituales. Tenemos la posibilidad de acceder a formas de libertad de pensamiento con una facilidad quizá desconocida en el pasado.

La comunicación no se realiza solamente a través de sistemas conceptuales sino también, y en gran medida, mediante los universos simbólicos creados por el mito, el arte y la religión. La prodigiosa riqueza significativa del símbolo, con sus ambivalencias y sus contradicciones superadas, con su capacidad de unir los contrarios, con sus revelaciones y su misterioso poder de insertarse en lo más íntimo y profundo de nuestro ser, también nos permiten reconocernos en el otro e intentar comprenderlo más allá del tiempo y la distancia.

Quetzalcóatl es un símbolo vivo. Independientemente de los problemas históricos que su figura suscita, me interesó como símbolo religioso. En este sentido fue la lectura de las obras de Laurette Sejourné (4) lo que me impulsó a iniciar el trabajo. En sus páginas encontré que, al rigor científico de la arqueóloga e historiadora, se unía la fina sensibilidad de la humanista que comprende e interpreta los materiales con los que trabaja. La figura de Quetzalcóatl comenzó a revelarse como una encarnación del paradigma mítico del Mediador. La hipótesis de trabajo debía situarse entonces en el área de las religiones comparadas dentro del dominio más general de la Filosofía de la Religión.

La figura divina del Mediador aparece en numerosos lugares y tiempos, en tradiciones religiosas no siempre conectadas históricamente. Es el arquetipo del que colma el abismo y establece un puente entre el Dios del Cielo, Dios Único o Dios supremo según los casos, el Altísimo, absoluto, perfecto, poseedor de todos los atributos positivos y el hombre con su finitud y sus falencias.

Citamos a Mircea Eliade: (5) "La plegaria más popular del mundo se dirige a Nuestro Padre que está en el Cielo. Es posible que la plegaria más antigua fuera dirigida al mismo Padre celeste....La escuela etnográfica de Viena, y en primer lugar el Padre W. Schmidt, autor de las voluminosas monografías consagradas al origen de la idea de divinidad, intenta demostrar la existencia de un monoteísmo primordial, fundándose esencialmente en la presencia de dioses celestes en las sociedades humanas más primitivas". Esta teoría es negada por varios autores, entre ellos el Padre Daniélou, teólogo católico. Más prudente, Mircea Eliade opina: "Lo que está fuera de duda es la casi universal creencia en un Ser divino celeste, creador del Universo y garantía de la fecundidad de la tierra. Tales seres están dotados de una presciencia y sabiduría infinitas...."

Siguiendo a Eliade puede afirmarse que esta idea de un Ser supremo corresponde al estrato más antiguo de las creencias, pero no tiene un lugar importante en el ritual y la mitología. En su evolución pueden ocurrir dos cosas: o se convierte en un Deus otiosus, un Ser cuya perfección y trascendencia lo alejan de los hombres que sólo lo recuerdan en circunstancias excepcionales, hasta concluir en una idea metafísica, sin demasiada incidencia en el culto. O bien, algunos de sus atributos o funciones se

especifican en figuras divinas que terminan independizándose o es un hijo del Padre celestial que se acerca a los hombres; aparecen dioses más "dramáticos" a quienes les ocurren cosas y que enseñan a los hombres un camino de salvación.

Ejemplos del primer caso sería el Dios de Aristóteles, que no es creador ni providente y que se define como un pensamiento que se piensa a sí mismo (6). Y el de las tribus africanas, citadas por Eliade que cantan:

"Dios está en lo alto, el hombre abajo  
Dios es Dios, el hombre es hombre  
Cada uno en su lugar, cada uno en su casa." (7)

Los dioses mediadores son esencialmente dramáticos, bajan a la Tierra y enseñan a los hombre el camino de la salvación, sufren pasión y mueren en forma violenta, son víctimas de un sacrificio consentido, voluntariamente aceptado, pero su muerte es preámbulo de una resurrección gloriosa, promesa de salvación.

Quetzalcóatl pertenece a esta estirpe. Su nombre mismo es un símbolo religioso: quetzal es un pájaro, cóatl quiere decir serpiente. Quetzalcóatl es la serpiente emplumada, símbolo de la totalidad, de la unión de los contrarios, del encuentro del Cielo con la Tierra, del hombre con lo divino. Quizá la mejor manera de explicar este símbolo es hacerlo con las palabras de un poeta, Ernesto Cardenal dice:

"Quetzalcóatl, la Serpiente Emplumada  
La Serpiente con plumas de Quetzal,  
tierra y cielo.  
La serpiente era la devoradora de vida  
y dadora de vida.  
Serpiente-pájaro, materia alada,  
unión de la tierra con el cielo,  
tierra que se eleva y cielo que desciende  
unidos en la cima de la pirámide.  
Culebra erguida y pájaro que baja.  
La materia asciende hacia la luz". (8)

El anhelo de trascendencia hace de la serpiente una figura erguida que lucha para liberarse de la atracción de la tierra, así como la bondad del "Señor humanísimo" (otro nombre de Quetzalcóatl), hará que lo divino descienda para encontrarse con el hombre, enseñando la sabiduría que hace que la carne florezca.

Este doble movimiento de ascenso y descenso reaparece en las experiencias religiosas centradas alrededor de la figura del Mediador. Pero en algunos casos se acentúa una de las direcciones: el Redentor es un Dios encarnado que baja a la tierra para salvar a los hombres, en otros, como Quetzalcóatl es un hombre que se diviniza y sube a los cielos enseñando a los hombres el camino de la inmortalidad.

Pero ¿qué o quién es Quetzalcóatl? ¿El poderoso rey de Tulán (quizá Tula o Teotihuacán, que dominaba un imperio, el sumo sacerdote de una religión sin sacrificios humanos, el héroe civilizador de los toltecas, un guerrero mitificado, el maestro de una doctrina de elevada espiritualidad, un hombre divinizado, un dios mediador, un símbolo? Posiblemente varias de estas cosas a la vez. Las fuentes que narran sus actos, antiguos códices, "libros pintados" y salvados de la destrucción, relatos recogidos por los cronistas y los primeros evangelizadores, a menudo son confusas y contradictorias. Los documentos arqueológicos conservan su imagen, su rostro en las paredes de los templos o en lo alto de las pirámides acentúa el misterio. Aparece como un hombre blanco, alto, de grandes ojos redondos, de barba y bigotes, en general, con rasgos físicos muy distintos a los hombres de su pueblo. La tradición decía que vino por el mar desde el Oriente. ¿Cuál fue su origen? Algunos conjeturan que fue un vikingo, otros aseguran que su tipo físico es el de un irlandés y hasta se lo creyó cretense. (9)

Siguiendo la interpretación de Sejourné, Quetzalcóatl fue rey de los toltecas, a quienes enseñó el cultivo de las artes, las ciencias y las técnicas y los intruyó en una religión pacífica de

un alto contenido espiritual. Era contrario a los sacrificios humanos y predicaba el dominio del cuerpo, la purificación de los sentidos y la oración. Reinó en Teotihuacán, "la Ciudad de los Dioses", que alcanzó una inusitada prosperidad y un maravilloso refinamiento. Pero en un momento dado debió abandonar su reino y partir al exilio.

.Pero juntamente con estos rasgos humanos, correspondientes a un personaje histórico que vivió alrededor del siglo VIII, la tradición le asigna rasgos míticos. Por ejemplo, en él se cumple el paradigma del nacimiento maravilloso del héroe. Nació de una virgen, la cual mientras barría piadosamente el templo, sintió que caía una esmeralda (o una pluma verde según otros relatos), la llevo a sus labios y la tragó. De esa manera fue concebido Quetzalcóatl.

Así se manifiesta el origen divino del héroe, pero su religión va más allá y afirma que el Cielo es la patria de todos los hombres. Sahagún recoge la siguiente oración dirigida a los recién nacidos:

"Hijo mío, muy amado y muy tierno... sábetete y entiende que no es aquí tu casa... Esta casa donde has nacido no es sino un nido, es una posada donde has llegado, es tu salida para este mundo; aquí brotas y floreces... tu propia tierra otra es." (10)

También el relato de su muerte, o de sus muertes, tiene un profundo contenido simbólico y en su narración aparecen mitemas propios del Dios Mediador. De acuerdo a las fuentes en que se apoya Sejourné -especialmente los Anales de Cuautitlan- al final, Quetzalcóatl cayó en el engaño urdido por unos brujos o demonios que lograron su abandono del reino. Por esta confabulación, el rey purísimo, entregado a la penitencia y la oración, conoce primera vez su cuerpo, se embriaga y peca. Pero "cuando amaneció mucho se entristecieron, se ablandó su corazón. Luego dijo Quetzalcóatl: desdichado de mí. Y cantó la canción lastimera que para irse compuso... Cuando cantó Quetzalcóatl sus pajes se entristecieron y lloraron... (Dijo) Me voy, voy a dejar mi pueblo. Mandad que hagan una caja de piedra. Prontamente labraron una caja de piedra. Y cuando se acabó de labrarla, acostaron allí a Quetzalcóatl. Sólo cuatro días estuvo en la caja de piedra".

El encierro en la caja de piedra significa una muerte ritual, como el shaman viaja durante esta muerte, desciende a los Infiernos de donde rescata los "huesos preciosos" de sus muertos a los que vivifica con su propia sangre. En el descenso es su doble oscuro, Xólotl, el dios desnudo y lacerado, el que se arroja a la hoguera para que nazca el Quinto Sol. Porque el resplandeciente Quetzalcóatl y el doloroso Xólotl son uno y el mismo Dios.

Este descenso a los Infiernos es un tema clásico que no recuerda un episodio semejante en la historia de Cristo o en el mito de Orfeo que va a buscar a Euridice en el Hades. También a las pruebas de los rituales iniciáticos.

Continúa el cronista: "Habiendo llegado a la orilla celeste del agua divina, se paró, lloró, cogió sus arreos, aderezó su insignia de plumas y su máscara verde... Luego que se atavió, él mismo se prendió fuego y se quemó... Se dice que cuando ardió al punto se encumbraron sus cenizas y que aparecieron a verlas todas las aves preciosas que se remontan y visitan el cielo... Al acabarse sus cenizas vieron encumbrarse el corazón de Quetzalcóatl. Según sabían subió al cielo y entró en el cielo. Decían los viejos que se convirtió en la estrella que al alba sale, así como dicen que apareció cuando murió Quetzalcóatl, a quien por eso nombraron como Señor del Alba". (11)

Terminado su periplo mortal, consumida su carne por el fuego, asciende a los cielos convertido en luz; es el planeta Venus, que aparece a la salida del Sol, símbolo del Dios Supremo. El hombre se ha hecho Dios, se ha cumplido el arquetipo del Mediador que, con su sacrificio, muestra a los hombre un camino de salvación.

El sacrificio de Quetzalcóatl es consentido como el de Cristo clavado en la cruz o el de Odín que pende de un árbol "víctima

ofrecida a sí mismo". Se emparenta con esas figuras divinas que pueblan las costas del Mediterráneo a partir del segundo milenio a C. Osiris, Adonis, Attis, Diónisos, Demeter y Koré, Prometeo, etc. Todos tienen en común que conocen el sufrimiento y la muerte y que enseñan a los hombres un camino de salvación que implica el paso por el dolor y la sombra y el dolor antes de llegar de un final glorioso. Son los que marcan el eterno ciclo de vida, muerte y resurrección. Quetzalcóatl, como ellos, es también el Salvador y el Mediador que construye un puente para subir al Cielo.

Otra versión de su muerte cuenta que al llegar a la playa desapareció en el mar, hacia el Oriente de donde viene la luz. El poema de Cardenal dice:

Quetzalcóatl llegó a Tlapalan  
y desapareció en el mar.

Dijo a su pueblo que no lloraran por él.  
Que volvería'

Cuando Quetzalcóatl tuvo que abandonar su reino, pueblos bárbaros ocuparon el lugar de los maestros toltecas y las conquistas militares se sucedieron hasta crear un gran imperio asentado sobre el horror y el miedo. La doctrina de Quetzalcóatl no desaparece por completo, pero es utilizada con fines políticos, dándole un sentido totalmente opuesto al de su creador. La "guerra florida", la lucha interior para lograr la liberación espiritual, se transforma en campañas militares destinadas a capturar víctimas para un culto sangriento a dioses de crueldad y la muerte. El autosacrificio, entendido como un medio de purificación se convierte en el sacrificio no consentido de millares de hombres. Huitzilipochtli, el dios guerrero de los aztecas ha reemplazado a Quetzalcóatl.

Los aztecas logran crear un gran imperio basado en la guerra, en el vasallaje y la explotación de los pueblos vecinos. Pero su rápida ascensión, con su ideología militarista apoyada por la religión oficial, estaba condenada por sus propias contradicciones internas a una pronta decadencia (12). Sin embargo, el recuerdo de Quetzalcóatl no había desaparecido al punto de evitar la mala conciencia de Moctezuma y la casta gobernante que lo había traicionado. El prometió que volvería por el mar. "Profetizó hombres blancos y con barba como él que derrocarían a dioses y hombres", dice el poeta.

Pero los hombres blancos que vinieron no lo hicieron en nombre de la Serpiente Emplumada, en un primer momento ni siquiera percibieron las semejanzas entre el toltequismo y la doctrina cristiana. Pureza, desapego de los bienes terrenales, piedad, dominio de las pasiones, amor a los hombres, búsqueda de una patria celestial, son virtudes evangélicas que coinciden con las enseñanzas de Quetzalcóatl. Pero los evangelizadores tardaron en advertirlo y hasta el bueno de Sahagún lo califica de demonio (13). También puede pensarse que su promesa fue causa de confusión para su pueblo. Con la conquista muere el culto de Quetzalcóatl. Pero, como es condición de los dioses ser inmortales, su historia no termina allí.

Sus muertes y resurrecciones tienen una estrecha relación con la historia de México. Mito e historia se entrelazan, porque las creencias de un pueblo, sus anhelos y sus angustias, constituyen el transfondo de la historia visible y otorgan sentido a los hechos.

Si bien los primeros evangelizadores, al igual que los conquistadores, en un primer momento negaron toda la cultura de los conquistados, pronto debieron advertir que la historia americana no comienza con su llegada a estas tierras. Sahagún, Motolinia, Las Casas representan una actitud mucho más abierta ante lo indígena. Esto va a permitir el descubrimiento de las analogías entre las enseñanzas de Quetzalcóatl y las de Cristo y la búsqueda de explicaciones, siempre dentro de los esquemas de la Contrarreforma.

Paralelamente se va desarrollando otro fenómeno histórico:

desde los albores de la colonia surge una creciente rivalidad entre criollos y españoles. Y mientras la ciudad crece y se enriquece y los poetas cantan al "Paraíso indiano" y a la "Ciudad imperial de México", los teólogos se enfrentan con varios problemas. Por ejemplo: América no figura para nada en la historia sagrada. Entonces se escudriñan los textos y surge una respuesta: los indígenas serían los descendientes de las tribus perdidas de Israel. Además se habla de una evangelización primitiva: Santo Tomás, el apóstol cristiano, discípulo del Salvador, habría llegado a América y predicado su doctrina. Su nombre indígena era Quetzacóatl y las diferencias se explicaban por las transformaciones sufridas a través del tiempo.

A este Santo Tomás Quetzacóatl se opone otra interpretación que considera todas las coincidencias y profecías indígenas como una parodia diabólica de la obra divina, urdida por el Demonio para confundir a estos pueblos. Quetzacóatl ¿santo o demonio? Naturalmente los criollos optan por la primera versión. Entonces, la resurrección y justificación del pasado de su tierra se convierte en un importante factor en la formación de la conciencia nacional y separatista. De esa manera Quetzacóatl aparece como un símbolo de la futura revolución. Dice Jacques Lafaye (12): "Si previamente no se hubieran apoderado del pasado indígena, los criollos no hubieran podido jamás tomar entre sus manos el futuro nacional". Es decir que a los títulos de Quetzacóatl, rey, sumo sacerdote, Dios mediador, puede agregarse otro: héroe nacional y símbolo de un pueblo.

#### Notas

1. Cf. Oswald Spengler: "Introducción" a La decadencia de Occidente. Espasa - Calpe, Madrid, 1958.
2. G. Van der Leeuw: La Religión dans son essence et ses manifestations. Payot, Paris, 1955. p.659.
3. Martin Heidegger: Introducción a la Metafísica. Nova, Buenos Aires, 1956. p.73.
4. Lurette Sejourné: Pensamiento y religión del México antiguo. Fondo de Cultura Económica, México, 1967. Id.: El Universo de Quetzacóatl. FCE, Méx., 1964.
5. Mircea Eliade: Traité d'Histoire des Religions. Payot, Paris, 1953. p.47.
6. Aristóteles: Metafísica, lib. XII; cap. VIII-IX.
7. M. Eliade: op. cit., p.56.
8. Ernesto Cardenal: Quetzacóatl. Editorial Nueva Nicaragua. Managua, 1985.
9. Pierre Honoré: La leyenda de los dioses blancos. Ediciones Destino. Barcelona, 1965.
10. Fray Bernardino de Sahagún: Historia general de las cosas de Nueva España. Editorial Nueva España, México. 1957, t.I, p.601
11. Lurette Sejourné: Pensamiento y Religión.... p.67 y siguientes.
12. Cf. Geoffrey W. Conrad y Arthur A. Demarest: Religión e Imperio. Dinámica del expansionismo azteca e inca. Alianza Editorial, Madrid, 1988.
13. Fray Bernardino de Sahagún: op. cit.: t.I, p.84.
14. Jacques Lafaye: Quetzacóatl y Guadalupe. Fondo de Cultura Económica, México. 1977. p.271.